

Alberto Rábano Director del Banco de Tejidos y Banco de Cerebros del CIEN


**DOMINICAL**  
DOMINGO, 29 DE ENERO DE 2017

La Opinión

«Una vida saludable reduce las enfermedades mentales»

El Club literario en la diáspora

Rutas a pie por tierras de Zamora De Guarrate a Guarratino



# El médico que arrinconó la viruela

Francisco Javier de Balmis, que vivió a caballo entre los siglos XVIII y XIX y formó parte del Regimiento de Zamora, impulsó la sanidad militar y aprovechó plantas americanas para luchar contra las enfermedades



## Historia de la sanidad militar



◀ Alejandro Belaústegui Fernández  
TITULADO EN CULTURA Y CIVILIZACIÓN

ponerse a realizar una pequeña biografía de Francisco Javier de Balmis es una tarea difícil, puesto que en él nada es pequeño. Como dice Arturo Pérez y Prats en su obra «Episodios Nacionales en América»: «No es cierto que parece increíble e irrealizable esta epopeya, que bien merece haber sido inmortalizada por un nuevo Homero que cantase su Odisea. Y como no soy un científico, sino un amante de la cultura y la historia de nuestra nación, quiero dejar constancia que este humilde trabajo consistirá en una investigación historiográfica y bibliográfica de lo escrito, que no es demasiado, sobre su vida y su trayectoria científica y plasmarlo cronológicamente de una forma sucinta, intentando con ello hacer más amena su lectura e incitar el interés por el personaje, permitiéndome intercalar de vez en cuando mis propias y modestas opiniones sobre el tema.

Francisco Javier de Balmis nació en Alicante el 5 de diciembre de 1753, fue bautizado en la iglesia de Santa María de esta ciudad. Hijo y neto de médicos. Murió en Madrid el día 12 de febrero de 1815.

A los 17 años ingresó, siguiendo la tradición familiar, como practicante primero en el Real Hospital Militar de Alicante, con destino durante cinco años en la clínica del cirujano mayor del ejército, Ramón Gilabert, que puede considerarse como su maestro en los principios fundamentales de la medicina.

En 1775, el marqués de Grimaldi, ministro de la Corte, convence a Carlos III para enviar una flota contra Argel para acabar con los piratas, y con fecha 23 de junio, al mando del conde O'Reilly zarpa la escuadra, terminando en un absoluto fracaso militar. Pues bien, a esta campaña de Argel marchó Balmis como voluntario, siendo destinado a los hospitales castrenses, donde se distinguió por el celo y la asistencia a los enfermos.

No contento con su categoría de practicante, durante dos años reanudó lo que se podría llamar estudios universitarios, al cabo de los cuales, y con la experiencia adquirida en Argel, superó las pruebas reglamentarias ante el Tribunal del Protomedicato de Valencia obteniendo el título de cirujano en el año 1778.

En 1780 se embarcó en la escuadra del almirante Lángara, que zarpaba para poner sitio a Gibraltar, donde tuvo que enfrentarse, en el cabo de San Vicente, a la escuadra inglesa del almirante Rodney, que les doblaba en número de barcos, y a pesar del desdichado fin de la empresa, para Balmis supuso también, después de haberse distinguido por su celo y valor en la batalla, ser ascendido a segundo ayudante de cirujano.

A mediados del año citado seguía vinculado a la medicina castrense prosiguiendo sus estudios y prácticas. Llegando a alcanzar el grado de cirujano del Ejército, siendo destinado al Regimiento de Zamora a propuesta del conde don José Avellaneda y aprobada por su antiguo general, conde O'Reilly.

En 1781 viajó por primera vez a América, formando parte como cirujano del regimiento de Zamora, que iba como ejército expedicionario, al mando del general Bernardo de Gálvez, adscrito a la escuadra de 12 navíos con destino a la América Septentrional y las Antillas que iba mandada por el insigne marino José Solano y Bote, Marqués de Socorro.

En 1783 pasó a La Habana, y desde allí fue destinado, en 1786, al Virreinato de Nueva España como Cirujano Mayor del Hospital del

Amor de Dios de la ciudad de Méjico en cuyo destino permaneció hasta 1788, tratando especialmente a enfermos sífilíticos. Durante esta época se le concedió el título de Académico de la Academia Médica-Matritense y, también en la capital mejicana, previos los exámenes correspondientes, se le otorgó el grado de bachiller en Artes.

A finales de 1788 dejó temporalmente el ejército, concediéndole, de acuerdo con sus méritos, por una Real Orden la autorización para residir en la capital, conservando su empleo y el cargo de Cirujano Mayor del Hospital General de Méjico.

Viajó a través de Méjico, estudiando las plantas autóctonas e investigando la medicina que tradicionalmente utilizaban los curanderos indígenas. A través de uno de esos curanderos, apodado «El Beato», conoció un método empleado por los indios para tratar las enfermedades venéreas, que consistía en cociones de las raíces del ágave y la begonia. Una serie de experiencias bajo la supervisión del Protomedicato, llevadas a cabo en el Hospital de San Juan de Dios, persuadieron a las autoridades de la bondad de dichos remedios. Balmis, que conocía esas experiencias y dudaba de su eficacia, sin embargo en 1790, cuando se hizo cargo de la sala de venéreas en el Hospital de San Andrés, probó dicha terapéutica modificando su fórmula inicial eliminando todos los elementos que tuvieran significado mágico o ritual, y al cabo de un año de experimentación los buenos resultados obtenidos le convencieron de su eficacia.

También demostró un gran interés por la Botánica, lo que le llevó a conocer personalmente a algunos de los grandes naturalistas de la época: Martín Sessé y Lacasta, José Mocino, Vicente Cervantes, entre otros, lo que explica, en parte su interés por la flora americana. Vicente Cervantes le encargó traer a España, en el viaje que realizó en 1791, una remesa de varios cajones con plantas vivas destinadas al Jardín Botánico de Madrid.

La estancia en la Península duró poco y a finales de 1791 se encuentra de nuevo en Méjico, donde después de haber sido dictaminada favorablemente su terapéutica por el Protomedicato y aprobada por el prelado de la diócesis, en 1792 prepara la vuelta a la Península, esta vez con una carga de cien arrobas de magney y treinta de begonia. Durante el mes de junio de ese año se iniciaron los ensayos médicos en tres hospitales de la Corte y fue nombrada una comisión de seguimiento por el rey. Como siempre sucede en casi todos estos casos, y sobre todo en nuestro país, surgieron las voces discrepantes, esta vez encabezada por el protomédico Bartolomé Pflüger.

La respuesta de Balmis no se hizo esperar y consistió en la redacción de un «Opusculo sobre las propiedades antisifilíticas de la pita o la begonia» (Madrid 1794, traducido al italiano, Roma 1795).

Pese a todos estos contratiempos y disgustos, la verdad se impuso y sus experimentos fueron aprobados, según hizo constar en su informe el doctor Gálvez, médico de la Real Cámara, quien incluso llevó su independencia y altruismo al punto de proponer al rey que premiasse a Balmis con el nombramiento de Consultor de Cirugía del Ejército. Convencido el monarca, vino a acceder a la propuesta, otorgándole dichas mercedes en el año 1794. A raíz de su nombramiento fue comisionado pa-



Arriba, derrotero de la Real Expedición de la Vacuna alrededor del mundo. A la derecha, Francisco Javier de Balmis y libro traducido por Balmis en 1803. Se hizo una edición facsimilar por el Departamento de Publicaciones del Ministerio de Defensa en 2004. Abajo, lúminas del ágave americano y de la begonia balmisiana.

## Francisco Javier de Balmis



Médico y científico, impulsó con la aplicación de plantas traídas de América la lucha contra numerosas enfermedades y llevó a muchas partes del mundo la vacunación contra la viruela



ra volver a Méjico, con el fin de recolectar y traer a la Metrópoli nuevas cantidades de las bienhechoras plantas.

Volvió a la Península trayendo un herbario muy completo de Nueva España, así como multitud de animales y minerales que entregó en el Gabinete Real de Historia Natural y el Jardín Botánico, con gran cantidad de croquis y dibujos realizados por él mismo. Una vez en Madrid, en 1797, aprovechó para reanudar sus estudios de medicina obteniendo el título de Bachiller en Medicina, por la Universidad de Toledo. Siguió dos años más de clínica médica a fin de graduarse, como lo hizo, de doctor.

En 1801, siendo ya cirujano de Cámara desde 1795, pide ser nombrado consultor de medicina del Ejército de Extremadura, permitiendo ese puesto con el que ya poseía de consultor de cirugía. Sin embargo el creciente prestigio y su dilatada experiencia en las Indias, hizo que frecuentemente fuera consultado, sobre todo cuando se desencadenó una

epidemia de fiebre amarilla en Cádiz en los albores del siglo XIX.

En los años 1798/99 se produjo un acontecimiento científico que tuvo resonancia mundial y que fue el descubrimiento, por el médico británico Dr. Edward Jenner (1749-1823), del método de profilaxis contra la viruela, publicando las conclusiones de sus trabajos con el título de «Investigaciones acerca de las causas y efectos de las viruelas vacunas» (1790), que pasó a convertirse en un clásico de la literatura médica. Desde el primer momento de la aparición de esta información médica, Balmis supo captar la enorme trascendencia infinita social y humanitaria que tendría este gran acontecimiento científico, polarizando, desde ese mismo instante, todos sus esfuerzos, humanos y médicos, para propagar el uso de la vacuna antivariólica en beneficio de la humanidad.

Haciendo un poco de historia sobre el origen epidemiológico de la viruela diremos que



TRATADO HISTÓRICO Y PRÁCTICO DE LA VACUNA,

Que contiene un compendio de la teoría y las reglas de las observaciones y experimentos sobre la vacuna con un examen imparcial de sus ventajas, y de las objeciones que se le han puesto, con todos los datos que conducen á la práctica del nuevo modo de inocular.

Por J. L. MOREAU (DE LA SARTIE), Profesor de Medicina superior, Bibliotecario de la Escuela Médica de París, Capellán de Honra en el Reino de Nápoles, y de la Junta Nacional para el establecimiento de la vacuna en el Louvre, de la Sociedad de Medicina de la Universidad de Padua, de la Filantropía de París, de la Academia de Medicina, y de la Academia de Ciencias de París, y de la Sociedad de Ciencias y Artes de París.



EL D. EDUARDO JENNER, Descubridor de la Pnevacion.



es muy discutible, señalándose por lo común en China e Indostán. En el siglo XII a.C., parece que se practicaba ya la variolización preventiva en dichos países. Otros autores admiten un foco central africano con propagaciones a Siria y Egipto. En el siglo X el gran médico árabe Razis (850-923), hace un descripción minuciosa de la viruela, y de sus textos se deduce que en el siglo VII el médico Ahron la conocía ya endémica en el Asia Menor. Es curioso si seguimos el curso de la historia, como la antigüedad clásica en Europa ignoró por completo esta infección. Solo en el siglo VI la señala inequívocamente Marius Avesches (509-594) en el norte de Italia y Sur de Francia. Las grandes emigraciones humanas, como por ejemplo Las Cruzadas, hizo que se extendiera con gran rapidez. En 1527 se introdujo en Méjico con las tropas de Hernán Cortés, contribuyendo a la difusión del mal la trata de esclavos, que lo propagó por todo el Continente Americano. En el siglo XVIII su malignidad causaba una mortalidad espantosa, solo en

Francia costaba más de 30.000 muertes anuales. En el año 1721 la escritora y embajadora inglesa en Constantinopla, María Wortley Montagne, introdujo en Europa la variolización allí practicada, pero su errónea aplicación hizo que cayera en descrédito y fuera prohibida. No obstante, debe de reconocerse que prestó un gran servicio y contribuyó al interés por el esclarecimiento de la patología variólica, que como hemos visto anteriormente lo logró el doctor Jenner en 1798. Balmis fue un defensor a ultranza de la propagación de la vacuna, sobre todo en nuestras provincias de Ultramar, para lo cual, nada más publicarse en Francia, se preocupó de traducir al español el libro del Dr. J. L. Moreau - profesor de Medicina y Catedrático francés -, titulado «Tratado Histórico y Práctico de la Vacuna» (1803) que tuvo una gran difusión. Conceder el rey de la gran cantidad de víctimas que causaba la viruela en las provincias de Ultramar, y teniendo noticias del interés de Balmis en llevar a aquellas regiones la vacuna-

ción antivariólica, dispuso por Real Orden de 6 de junio de 1803 la organización de esa misión, encomendando a los doctores Gimbernat, Galli y Lacaba el trabajo de informar y vigilar la creación de la expedición correspondiente. El dictamen de los citados médicos fue favorable y en La Gaceta de Madrid de 3 de agosto se anunciaba que el rey, oído el parecer de su Consejo y el de algunos otros sabios, había dispuesto que se formase una expedición marítima en la que figurasen facultativos que fueran conocedores de la técnica de vacunación, siendo designados como integrantes, figurando como jefe y director de la expedición Francisco Javier de Balmis, el siguiente personal sanitario: como subdirector, José Salvany y Llopart; ayudantes Manuel Julián Grajales y Antonio Gutierrez; practicantes Francisco Pastor y Rafael Lozano y los enfermeros Ortega, Bolaños y Pastor, figurando como enfermera la rectora de la Casa de Expósitos de La Coruña, Isabel Sendales Gómez. También habían de figurar suficiente número de nodrizas y niños — fueron 22 con edades comprendidas entre 3 y 9 años — que no hubiesen pasado la viruela, como portadores para mantener el virus de brazo a brazo, pues no hay que olvidar que aún no se cultivaba en los terneros. Así pues, quedó constituida la que se llamaría «Real Expedición Filantrópica de la Vacuna».

La vida de nuestro personaje, a partir de ese año de 1803, estará directa o indirectamente ligada a una de las misiones científicas más importantes de la humanidad, siendo quizá la última gran empresa de carácter universal llevada a cabo bajo el auspicio de la Corona Española.

Mientras naciones, como por ejemplo Inglaterra, exterminaba fría y metódicamente a los naturales de Tasmania, y ella y otras naciones, introducían intencionadamente y propagaban entre los indígenas de sus colonias el alcoholismo mortífero con alcoholes tóxicos y permitían desembarcar marinos o forzados afeitos de sífilis y sarampión para que inoculasen a los naturales, produciendo epidemias atrozmente mortíferas, España costeara y difundió la implantación de la vacuna, de forma altruista, en todo el Continente Americano y Filipinas.

El inicio de la Real Expedición Filantrópica de la Vacuna se produjo cuando la corbeta María Pita, al mando del Teniente de Fragata Pedro del Barco y España, izó las velas de sus tres palos, zarpando desde el puerto de La Coruña el día 30 de noviembre de 1803 con destino a las tierras del Nuevo Mundo. Ese momento lo podríamos considerar como el comienzo de una gran Sinfonía Magistral de la Humanidad, que durante nueve años llevará sus cantos de amor y de esperanza a los pobladores de nuestras colonias americanas.

Como he mencionado anteriormente nos encontramos, en este preciso instante de la vida de Balmis y la del resto de sus compañeros, ante el comienzo de una de las «grandes epopeyas de la humanidad», donde la grandeza de sus personajes nos hace sentirnos orgullosos de pertenecer a la raza humana e incapaces de relatar lo grandioso de su obra. Extendieron la vacuna por todo el Continente Americano (Virreinato de Nueva España, Virreinato de Nueva Granada, Virreinato del Perú, Capitanía General de Chile y Virreinato de Buenos Aires), las Antillas, Filipinas, Macao, Cantón, Ciudad del Cabo y la Isla de Santa Elena — colonia británica, debido por haber sido confinado en ella Napoleón Bonaparte —.

Balmis fue el primero que volvió a España, después de terminar la campaña de vacunación en Filipinas, arribando al puerto de Lisboa el 15 de agosto de 1806, siendo recibido por el Rey en la Corte, en San Ildefonso de la Granja el día 7 de septiembre. Recibió honores y felicitaciones de Carlos IV por el éxito de la

expedición por él dirigida, acto que fue publicado de forma pormenorizada en el suplemento de La Gaceta de Madrid el día 14 de octubre de 1806.

Balmis, quizá emborrachado de gloria, hizo demasiado énfasis en su actuación en la expedición sin indicar al rey, con suficiente claridad, que lo que él había hecho solo era una pequeña parte de lo que quedaba aún por realizar, minimizando, tal vez sin querer, lo que tenían por delante sus compañeros dirigidos por Salvany.

Balmis, al que nadie discute la validez del proyecto que hizo posible la puesta en marcha de empresa tan grandiosa, una vez que recibió los honores del rey, se olvidó de la expedición, su falta, que lo tuvo, es que no supo, no quiso o no pudo renatar su gran obra, que llegó a su fin gracias a la entrega, esfuerzo y sacrificio de hombres como Salvany y Grajales, sin olvidar al resto de sus leales colaboradores, ya que después de recibir el los honores en España, estos hombre tuvieron que permanecer seis años más por las tierras del Nuevo Mundo pasando calamidades y necesidades de todo tipo.

Volvió a América en 1810, huyendo de la invasión de las tropas francesas, instado por la Junta Central de Sevilla con el encargo de pasar de nuevo a Méjico para reorganizar todos los asuntos referentes a la vacuna que estaban bastante desatendidos, por la malquerencia del virrey y por la ampliación de los territorios, debido a las expediciones del capitán Porroa y a las misiones franciscanas continuación a las del padre Junipero Serra.

Estando en Méjico se vio involucrado en las luchas independentistas, que estaban empezando a aparecer en nuestras provincias de Ultramar, organizando lo mejor posible que pudo el servicio sanitario; creó hospitales de sangre y unas especies de ambulancias móviles para recoger y atender a los heridos y enfermos que él mismo y sus ayudantes atendían personalmente, y en su deseo de ayudar, llevó a efecto, simultáneamente, vacunaciones en masa.

Todas estas guerras fueron destruyendo en gran parte su labor, al desaparecer varios de los núcleos que fueron establecidos por la Real Expedición, lo cual le afectó profundamente. Vuelve a España, esta vez definitivamente, el 15 de febrero de 1813 arribando al puerto de Cádiz a bordo de la fragata Vergara, y con fecha de abril presenta al Protomedicato el resumen de sus trabajos y sus experiencias.

Al terminar la contienda en España, es nombrado Vocal de la Real Junta Superior Gubernativa de Cirugía. En 1815 es nombrado Cirujano de Cámara de Fernando VII. Posteriormente, y sin duda por gracia de los méritos adquiridos en su última estancia en Méjico, fue distinguido, primero como Consejero, y luego Ministro Honorario de Hacienda, esto último compartido con su colega el Dr. Arejola.

Pasaron unos pocos años y la salud de Balmis, que a pesar de sus múltiples vicisitudes, fatigosísimos viajes y de sus contradicciones y disgustos (engendrados por incomprensiones, envidias y en muchas ocasiones por su mal carácter y falta de tacto para afrontar determinados problemas), había permitido mantener su ánimo y fuerte personalidad sin decaer en ningún momento. Llegado al fin de su tarea, pacificada, al menos en aquellos momentos, América y su querido Méjico, diríase que la providencia le sostuvo el tiempo necesario para finalizar su cometido, y una vez cumplido éste, le dejó de su mano para permitirle descansar el día 12 de febrero de 1819, siendo este descanso el primero de su vida, y también fue el día de su tránsito a la inmortalidad y al sitial que tiene reservado la historia a sus personajes insignes.